

Una cierta rareza

Emilio Carballido

Interesante, para uno mismo, recordar y analizar el primer contacto con un autor. A Víctor Viviescas Monsalve lo encontramos entre más de cincuenta obras, en un concurso de la Corporación Colombiana de Teatro. Lo encontramos los jurados en medio del número impresionante de trabajos con calidad teatral y literaria, y una cierta rareza imponía su presencia por encima de los demás. "Crisanta sola, soledad Crisanta," desde el título muestra ya algo audaz, desaforado, excesivo, y un regusto por las palabras, una falta de miedo al verbo que llega a menudo al exceso, al derroche, en una diapasón tan extensa como ningún realismo puede aceptar.

Pero este autor no es realista, es un expresionista a su manera; maneja una poesía de imágenes y situaciones, su psicología es realista, sí, vemos seres humanos pero los transfigura en seres teatrales, universales. Vemos caracteres, no personas. Así debe ser. No teniendo miedo a las palabras, logra volverlas fuertes, aterradoras, tan inusitadas como las tres de la mañana en una ciudad desconocida y criminal.

Hablé ya de poesía: Viviescas es un poeta dramático y no lírico, un tejedor de tramas muy capaz, y sus acciones pueden incluso prescindir de un texto amplio y minucioso, para eslabonarse y proponerse escénicamente, tal como hace en *Prométeme que no me va a doler*. En sus cadenas de acontecimientos, el autor plasma visiones alarmantes, tremendas, de una estética potente y lóbrega. Mucha de la gran pintura latinoamericana puede ilustrarnos sus atmósferas; pienso en José Clemente Orozco muy especialmente y también en Wilfrido Lam. Y las proposiciones visuales brotan de un diálogo que recupera el poder literario para el teatro. Desbordante y sintético, hasta en las acotaciones alcanza meta y las integra para quienes buscamos que el drama siga siendo parte de las Bellas Letras.

"Crisanta . . ." tiene una fascinación tan inexplicable como la de, digamos, la Calavera Catrina, de Posada, o las obesidades de Botero. Son fascinantes porque son fascinantes, porque con alta exactitud nos ofrecen tangencialmente proposiciones extremosas de la sociedad y sus valores, del ser humano en algún límite. La hipnosis deslumbrante de los Goyas negros, o, de nuevo, de J.C. Orozco.

De todo ese concurso de la Corporación, entre tantas comparaciones, podían advertirse también en Viviescas factores gratuitos: talento, que se tiene de balde pero que cuesta mucha voluntad encauzarlo y cultivarlo. (El de Víctor está desarrollado con vigor.) También encontramos originalidad, otro don gratuito *no* tan importante. Pero agradable cuando existe, es la capacidad de un ojo que sabe ver con la luz primitiva de antes del Diluvio, y la de una mano que puede transmitir esa visión pura. La originalidad buscada es una estupidez, así como la poesía. Se tienen o no se tienen, no las puede suplir el oficio, como dice terriblemente un Evangelio: al que tiene se le dará más y al que no tiene se le quitará hasta lo que tenía.

A la aceptación unánime del jurado, se añadió, ya en México, la de quienes leyeron *Crisanta* Espero que junto a mis palabras aparezcan las de una directora de formación internacional, Alejandra Gutiérrez, que ha dirigido la escena en la U.R.S.S. y Nueva York, y compañías en México, Costa Rica y Santiago de Chile. Poco puede añadirse al bello y exacto comentario que Alejandra escribió para preceder la obra en su primera aparición, *Tramoya*, octubre - diciembre de 1988.

¿Es Viviescas un autor universal? Se habla mucho del camino hacia lo universal, de cómo los artistas son domésticos y locales, o alcanzan, contrariamente, niveles que tocan a toda la humanidad. Tema impertinente, esas cosas suelen averiguarse muchos años después de que las obras viven. Pero autores hay, necios, que se lanzan a la abstracción abriendo el foco de su lente a todos los puntos, hacia lo más abstracto, la simbología pura . . . Confunden, ingenuamente, las generalidades con lo universal. Y suelen no ser muy felices los resultados. Pues también la universalidad, ay, suele ser gratuita.

Hay un modo de ser local, de pertenecer no sólo al país sino a la ciudad que sea nuestra; y sobre ella cerramos el campo de trabajo y, así es la óptica, entre más vamos a lo cercano, más se nos revela un microcosmos que equivale al otro, al magno, al "universal". Ibsen, tan noruego y tan metido en lugares pequeños y característicos, Chéjov y sus gentes de pueblo chico que sueñan con Moscú y París

Viviescas está inmerso en Medellín, hasta el fondo, hasta las esencias. La violencia de la ciudad lo ha impregnado pero no sólo eso: nos entrega el

ritual completo de pertenecer a un lugar, así éste sea letal, hace un juego de estratos en corte vertical: de la *salsa* y el barrio hasta la pudrición de una dudosa aristocracia, y en sus oscuras fantasías podemos reconocer también al Salvador, y a Chile y Uruguay, y a zonas de México, y seguramente que Irlanda y Asia Menor entenderán esa Medellín que él propone.

Así *Veneno* es un raro planteamiento que empieza con cara de alegoría; vemos algo que recuerda *Fin de partida* pero va acercándose, las abstracciones se corporeizan paso a paso, hasta formar individuos con todas sus señas. Lo habitual es el proceso opuesto: un aparente realismo que nos encauza hacia el símbolo. Aquí no: lo general va tomando particularidades posibles y memorables, hay un franco enfrentamiento de la vida y la muerte; encarnados, muerte y odio reinan y luchan entre sí, despedazándose en maneras alambicadas, pero una fuerza sencilla va imponiéndose hasta triunfar humildemente: la del amor y la esperanza. El procedimiento es muy efectivo y conmovedor.

Anibal es un fantasma que se retrata en todos los espejos (otro título imposible y memorable) es un mural, un gran fresco sombrío y ensangrentado en donde nunca llega la anagnórisis a los personajes, pero al público sí, en terrible forma y con la discreción más ejemplar por parte del autor. Podría hablarse de ecos o de armónicos que nos vienen de lejos, de melodías como la de *Ricardo III*, o *Macbeth*, o *Romance de Lobos* y las tragedias bárbaras. Pero es eso nada más, el registro de una contemplación vasta y preocupada, que ve amorosamente a la naturaleza humana en momentos de codicia, crueldad, destructividad, y de una compleja, tenaz malignidad minuciosa. Cuánto quisiéramos no reconocer a ningún otro de nuestros países, pero, ay, en verdad el espectro de Aníbal se refleja en TODOS los espejos.

Nada anormal resulta que alguna princesa de Maeterlinck resucite en Medellín, porque el vocabulario de Viviescas ya nos preparaba a cualquier aventura lejana. Pero claro, aquí las torres de Tintagiles y Melisande terminan en llamas y Melania, hija de la violencia, tiene amarrada a su madre y guarda un hacha entre las manos. Esa es la primera imagen que este neogótico nos propone: "Melania equivocada."

Boleros, cumbias, tangos, entre ecos de poetas dramáticos mayores. Este fuerte hijo del teatro colombiano no nace solo, obviamente. Viene de una corriente admirable y aleccionadora que iniciaron Buenaventura, Santiago García y Carlos José Reyes, y a la que tantos talentos colectivos e individuales han enriquecido hasta formar un Teatro Nacional envidiable, creativo, libre y con tan amplia gama de expresiones y experiencias que permite la aparición de creadores como Viviescas Monsalve.

Siendo autor mexicano, me da placer y entusiasmo escribir, a nombre de nuestro teatro, algunos comentarios sobre este hijo de Colombia que admiro, y del cual tanto puede esperarse, pero el cual tanto y tan rico nos ha dado ya, empezando por esas encarnaciones humanas (Crisanta, el ausente Aníbal) que amorosamente individualizan no sólo las negras noches del terror de Medellín, sino las ansiedades de América Latina en este momento de derrumbes y cataclismos de la realidad entera del mundo.

México

Notas

1. Esta introducción a las obras dramáticas de Víctor Viviescas Monsalve será publicada como prólogo a sus obras en una edición preparada por la Universidad de Medellín, la cual aparecerá próximamente.